

La era del Corazón

*El nacimiento de un nuevo cielo
y una nueva tierra*



Recibido por
Sebastián Blaksley

tequisté

La era
del
Corazón

La era del Corazón

© de los textos: Sebastián Blaksley, 2023

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2024

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu
Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: enero de 2024

ISBN: 978-987-8958-53-8


Editorial Tequisté:

hola@tequiste.com
www.tequiste.com

 @tequiste

 @tequiste

 @tequisteeditorial

 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Blaksley, Sebastián

La era del corazón : el nacimiento de un nuevo cielo y una nueva tierra / Sebastián Blaksley. - 1a ed. -

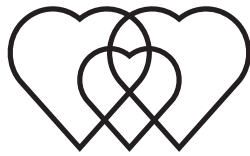
Pilar : Tequisté. TXT, 2024.

276 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-53-8

1. Espiritualidad. 2. Misticismo Cristiano. 3. Dios. I. Título.

CDD 248.22



ÍNDICE

Nota del autor	11
Cómo se originó	13
Introducción	21
1. El viaje del alma	25
I. El origen de todo	25
II. El amor: la única realidad	27
III. Libre albedrío y voluntad	30
2. El movimiento de la consciencia	33
I. El todo y la parte	33
II. La consciencia de ser	35
III. La luz de la verdad	38
IV. La única llamada	40
3. Suenan las trompetas	43
I. La voz del amor	43
II. Reflejo de Luz verdadera	45
III. La opción del creado	47
IV. El sí ha sido dado	48
4. Realización en el amor	53
I. Una nueva era	53
II. Empezando a recordar	55
II. Unidad eterna	57
III. El despertar al amor	60

5. Las siete olas de consciencia	63
I. Comienza el retorno	63
II. Un nuevo paso hacia la verdad	65
III. El recuerdo de Dios	67
IV. El Cristo humanado	68
V. Un nuevo cielo y una nueva tierra	70
6. El tiempo de la Paz	73
I. Tiempos de plenitud	73
II. Armonía: La realidad de la verdad	75
III. La expresión de la unidad	77
IV. El cielo está aquí	80
7. Espíritu de comunión	83
I. En la relación divina	83
II. El propósito de retornar	85
III. La herencia de la paz	87
IV. Universo despierto	89
V. La gracia de la unión	91
8. De la idea a la relación	93
I. En el abrazo de la verdad	93
II. Misticismo y realidad	94
III. Todo sirve al amor	97
IV. Círculos concéntricos de luz	99
9. En la ley del amor	103
I. Fuente de sanación	103
II. La sanación total es segura	106
III. En la plenitud del amor	108
10. Sanadores	111
I. Ya están aquí	111
II. Conocimiento universal	113
III. Sabiduría y creación	115
IV. Nueva vía	117

11. Un nuevo corazón	121
I. En Cristo soy todo	121
II. Caminando en unidad	123
III. Abandono total al amor	125
IV. El brillo eterno del ser	127
12. El recuerdo de la unidad	131
I. La vida en Dios	131
II. En la profundidad de la verdad	133
III. Cristo: la eterna realidad del alma	135
IV. Humanidad divina	136
13. Todo te pertenece	139
I. Déjate amar	139
II. Al amparo del amor	141
III. Con los ojos de Cristo	142
14. La salud espiritual	145
I. Pureza de corazón	145
II. Humanidad: Convergencia santa	147
III. Océano de amor infinito	149
IV. La fuente del pensamiento	150
V. Eres un sanador	152
15. El mundo perdonado	155
I. Luz que restaura	155
II. Integridad y plenitud	157
III. Realización del amor	159
IV. Estoy Aquí, mírame	161
16. La ternura de Dios	163
I. Amor dado y recibido	163
II. Nuevos colores	165
III. El sello de lo nuevo	167
IV. La novedad del amor santo	168

17. El rol de la verdad	171
I. Aceptación de la luz	171
II. El poder de la unidad	172
III. El concierto del alma	174
IV. En la mente de Cristo	176
18. La voz de Dios	181
I. La gran transformación	181
II. Mi voz se oirá	183
II. La vida es unión	184
III. Un nuevo portal al amor	186
IV. Realidad y plenitud	188
19. Madre de Cristo	191
I. La unidad divina	191
II. La totalidad del ser	193
III. La Madre acuna	195
20. La vida sin fin	199
I. El eterno brillo del ser	199
II. El camino de la vida	201
II. El cuerpo como portal a la verdad	203
21. El arca de la vida	207
I. Reunión en la consciencia	207
II. Creadores santos	209
III. El universo abrazado	210
22. Llena de amor	213
I. Sanación universal	213
II. Unidad: fuente de la plenitud	215
23. Despertadores del ser	219
I. El verdadero conocimiento	219
II. En la voluntad del amor	221
24. La dulzura de María	223
I. El camino de ser	223

II. En la pureza de la santidad	225
25. Madre divina	227
I. El fluir de la vida	227
II. Pura luz	229
26. Fuente creadora	233
I. Una sola voluntad santa	233
II. Nace un nuevo amor	235
27. Lo nuevo está aquí	237
I. Tu nueva humanidad	237
II. La totalidad en ti	239
28. La hermosura de lo nuevo	241
I. Amor infinito	241
II. Con los ojos de Cristo	243
29. Caminando hacia la plenitud	245
I. En las alas del amor	245
II. Todo está cumplido	247
30. Eres todo en todo	249
I. Vivir en lo nuevo	249
II. Renacimiento de luz	250
31. Confianza: el regalo del amor	253
I. Abandónate en Mí	253
II. Enraizados en el amor	255
32. La madre llama	257
I. Ven, sé mi voz	257
II. Permanece en la luz	259
33. Hijas bienamadas	261
I. En la unidad del amor	261
II. En los brazos de María	264
Palabras finales	267
Sobre el receptor	271

NOTA DEL AUTOR

Dios no tiene género, pero los idiomas sí. El lector notará que en esta obra a veces se hace referencia a la Deidad como masculino, a veces como femenino y a veces como “Dios Madre-Padre.” La intención es reflejar la universalidad de lo divino, manteniéndose dentro de las convenciones idiomáticas de la lengua española y de un lenguaje al que la mayoría de los lectores están acostumbrados.

CÓMO SE ORIGINÓ

El día 3 de octubre de 2021, una semana después de haber finalizado la recepción y transcripción de los textos que se reúnen bajo el nombre de *El corazón del ser*, estando en silencio y oración, se hizo presente en mí un coro de incontables ángeles del cielo. De sus corazones emergía un himno de alabanza y gratitud al amor de los amores por habernos llamado a la existencia.

Antes de su venida, mi alma queda sumergida en una paz profunda, una quietud que todo lo envuelve en santidad, dicha y pureza. Es ese un estado de gozo inefable. Los sentidos del cuerpo se acallan, y una especie de “silbido” sereno y armonioso se escucha en mis oídos físicos y se siente en todo el cuerpo. Una sensación de ser acariciado por una brisa suave y danzante cubre la totalidad de mi rostro. Todo eso y otras cosas llenas de belleza e inocencia suceden súbitamente como antesala de la venida de las manifestaciones. De tal manera que mi humanidad se prepara para recibir lo que el cielo dispone.

Mi alma sabe, de un modo que no se puede poner en palabras, que el cántico de inefable hermosura que entonan los ángeles y es expresado desde y en sus corazones; es el que se canta constantemente en la creación. Es su respuesta a la Divina Madre por haberla llamado a la existencia, es decir, por darle la vida.

Es este un hosanna eterno que la filiación entona al creador de todo lo bello, lo santo, lo perfecto; a aquel que está más allá de todo nombre, toda palabra y todo símbolo. Dentro de ese cántico celestial de indescriptible magnificencia, se hace presente la voz de Cristo, es decir, el Puro pensamiento.

En cada visitación me es mostrado en imágenes y visiones simbólicas aquello que constituye el mensaje en cuestión, el cual luego se transcribe en palabras escritas. Una vez que las imágenes y símbolos me son dados, se hace presente Jesús de Nazareth, el Cristo humanado, en toda su gloria, humanidad y divinidad. Es él quien me dicta lo que luego conforman los capítulos de esta obra, y me instruye en el conocimiento de las mismas. En relación al “dictado”, digo lo siguiente.

Sin ninguna participación volitiva de mi parte, excepto mi buena voluntad, me es dado escuchar con los oídos de mi espíritu el canto que siempre precede a las visiones o revelaciones. Es un cántico sin palabras, el cual experimento como música del alma, una canción olvidada hace mucho tiempo, pero ahora recordada. Escuchando esas notas celestiales, mi humanidad es sumergida en una alegría incomparable y envuelta por una paz que no tiene contrario. Mi alma y mi cuerpo permanecen abrazados al amor de Cristo. Todo es alegría, perpetua serenidad, pureza e inefable bienaventuranza. Mi ser queda cautivado en un éxtasis del cual desearía no salirse jamás.

En forma simultánea, me es mostrado en la conciencia, como si se tratara de una película o visión clara y nítida, aquello que la voluntad de Dios dispone que vea. Me fueron revelados los procesos creativos divinos, cómo nació el tiempo en unidad con el espacio y cómo la materia permanecería contenida y sujeta a ambos. He visto cómo las tres dimensiones de la

realidad material, tiempo-espacio-materia, son una expresión de la mente que se ha limitado a sí misma. Los tres están dentro de la mente separada y no al revés. Son una extensión de ella. También me ha sido dado a ver cómo la conciencia universal está viajando hacia el corazón de Dios. Estas revelaciones constituyen el contenido de esta obra. Hay otras verdades que, aunque me han sido mostradas, no forman parte de ella, por disposición de la voz que habla en razón de la verdad y vive eternamente en mí.

Cada una de las visiones o “películas” presentadas a mi consciencia representa un capítulo particular de estos escritos. Después de ver lo que el espíritu de sabiduría quiere que recuerde y vea, entonces la voz de Cristo, en la santísima presencia de Jesús, quien a veces también se revela junto a María, me explica el significado de la visión. Luego me dicta lo que debe escribirse.

Este “dictado” se realiza sin palabras. Es un conocimiento infuso transmitido desde la mente de Cristo a la mía, y desde el corazón del amor al centro de mi ser. En ese flujo de sabiduría, el cual se extiende desde la fuente del conocimiento hermoso hasta lo que soy, todo lo que hay que saber es perfectamente conocido.

Las palabras que dan expresión a esta obra surgen por sí solas; no se piensa en ellas. Dicho de otro modo, la mente pensante no crea ni los símbolos, ni los vocablos ni la sintaxis o estructura idiomática. Todo ello simplemente fluye debido a la unión entre la fuente del conocimiento hermoso y la expresión viva de mi humanidad, la cual se convierte en un lápiz en las manos de Dios. En otras ocasiones, los dictados me son dados en forma de puro pensamiento, es decir, sin ninguna

presencia visible, aunque sí audible y sensitiva: es Cristo en su pura esencia incorpórea.

Hay un mensaje en el hecho de que se realicen dictados en presencia tanto de Jesús como de María, así como en la pura abstracción de la voz de Cristo. La manera en que los mensajes son recibidos muestra que nos encontramos en el tiempo de la unión: de lo femenino y lo masculino, de lo divino y lo humano, de lo corporal y espiritual. En fin, es una demostración en el tiempo del retorno a la unidad del ser, es decir, de la trascendencia de las polaridades propias de la dualidad. Todo esto es un preludio del tiempo de la plenitud del amor, en el que el cielo y la tierra se reconocerán y se verán como uno, tal como siempre lo han sido y por siempre lo serán.

Lo que se quiere decir con todo esto es lo siguiente: la voz de Dios seguirá hablando a la humanidad tanto como sea necesario. Sin embargo, a partir de estos tiempos ya no lo hará por medio de formas separadas, sino de unidad. Esto sucederá así hasta que los símbolos dejen de ser necesarios y su dulce voz sea escuchada sin interrupción en el inefable lenguaje del amor, que es el de las almas puras, y por ende el del ser.

En las visiones se me muestra la historia de la creación, la evolución de la consciencia y el destino de todas las cosas. Me es revelado también el origen del tiempo, el camino de las almas y de la humanidad, como parte de la expresión de la consciencia universal.

Me ha sido dado a entender que el conocimiento que me es revelado en esta manifestación existe en todos, ya que forma parte de nuestra realidad. Por tal razón es que considero que la palabra más exacta para describir estos mensajes no sería “revelación” sino “recordar”.

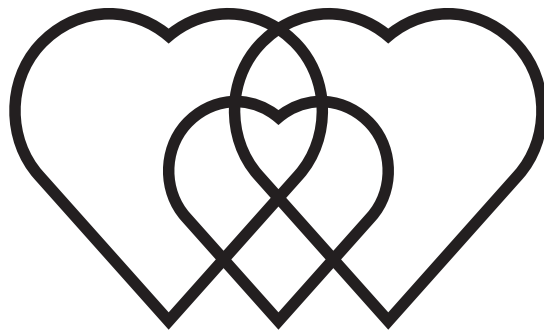
Esta obra es una expresión de la mente universal que da testimonio del hecho de que estamos recordando en forma individual y colectiva de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos. En otras palabras, recordando la verdad que hemos venido a recordar, la cual no es otra que la verdad acerca de qué somos.

Con amor en Cristo,

SEBASTIÁN BLAKSLEY

La era del Corazón

*El nacimiento de un nuevo cielo
y una nueva tierra*



Recibido por
Sebastián Blaksley



INTRODUCCIÓN

Amada de mi corazón, alma llena de santidad, en nuestro amor se revela la verdad. En nuestra unión, la sabiduría. Juntos creamos nueva vida. He venido a tomar tu mano, tu tiempo y humanidad para llevar luz a las mentes y paz a los corazones por medio de estas palabras.

El mundo necesita saber, por esa razón es que vengo a revelar cuál es el camino que recorre la creación. Dicho de otro modo, a responder la pregunta que existe en los corazones de nuestros hermanos y hermanas, y que dice así: ¿Dónde estoy y a dónde voy?

Observa, amada mía, que se ha omitido en la pregunta la parte que dice “¿de dónde vengo?” Esto se debe a que ya ha sido respondida en los escritos que anteriormente te fueran dados, para compartir con el mundo entero. Si te detienes —y meditas con serenidad lo que aquí se te dice— descubrirás que existe una relación directa entre todas las palabras que juntos extendemos. Ellas forman parte de una totalidad.

Conocer el origen de tu existencia es también conocer tu realidad y destino, pues son uno y lo mismo. Sin embargo, como a veces la mente y el corazón necesitan separar algunos símbolos para luego darles significado en la totalidad conforme al lenguaje humano, es que se han creado sucesi-

vos escritos de los cuales estos son parte integral.

Estas palabras van dirigidas a la consciencia del Cristo en ti. Ya no hablamos de una mente o un corazón, pues has alcanzado el estado de plenitud del ser que es aquel en el que reconoces que ambos son una unidad inseparable, en lo que eres como humanidad santa. De modo tal que no existen razones para hacer distinción entre lo uno y lo otro.

A la unidad de mente y corazón la llamamos consciencia del ser. Es allí a donde va dirigida esta expresión de amor y verdad. Mi voz, representada en esta obra, llegará allí donde tenga que llegar. El alma que la reciba comprenderá por qué es hija de la luz que brilla en todo lugar.

No le hablamos a alguien en particular, como si fuera un individuo, pues ya se ha reconocido jubilosamente —y aceptado— el hecho de que no existe tal cosa como un ser individual. Estamos hablando desde la totalidad de la Fuente hacia la unidad de la creación. Existe la consciencia universal, la cual es extensión perfecta de la divina. Esta abraza a aquella.

Usamos dos términos para que se pueda comprender con mayor facilidad que, en esta revelación, la consciencia del Creador se manifiesta a la del creado en unidad de amor y sabiduría. Ambas forman una relación: creado y creador; origen y destino; alfa y omega.

Dicho llanamente, estos escritos son una manifestación del conocimiento de Cristo, revelándose por amor a la humanidad. Un amor que estará presente hasta la consumación de los tiempos, es decir, por toda la eternidad. Van dirigidas al centro de tu ser, y con ello al de la consciencia universal, en razón de la unidad del ser. Recuerda que somos una sola mente, un solo corazón, una sola alma. Unidos somos la luz de la vida.

Alma pura, a medida que vayas recorriendo esta obra, es probable que te topes con revelaciones que la mente pensante no comprenda, y en razón de ello le cueste aceptarlas. Eso procede simplemente de la costumbre de utilizar lo aprendido como fuente del saber, en vez de permitir que la verdad sea revelada. No te detengas por ello.

Sigamos juntos de la mano, hasta que se diga todo lo que tenga que decirse, en razón de nuestra sabiduría perfecta. Mira que la totalidad conlleva dentro de sí un regalo que la parte por sí sola no puede dar.

Absorbe cada palabra que aquí se te regala, como si fueran gotas de rocío bajadas del cielo. Déjate llevar por ellas. Siéntelas. Abrázalas con toda tu alma y todo tu ser. Permite que el poder que en ellas existe embeba tu humanidad y se extienda más allá de ti mismo, en razón de nuestro amor. Así es como se las regalamos al mundo entero y a toda la creación. No en virtud de las leyes de lo viejo, sino de las del espíritu de Dios Madre-Padre, quien hace nuevas todas las cosas.

Recuerda, amada de mi divino corazón, que nada es imposible para Mí. Por lo tanto, tampoco lo es para ti, que eres uno conmigo. Mi voz llega al centro de lo que eres. Tu alma sabe quién le está hablando. Conoce la voz de la verdad. Reconoce la sabiduría de Dios, pues en ella existe, se mueve y es.

No le niegues a tu ser la dulzura de mi voz y la alegría de permanecer en la unidad de la santidad. Unidos somos la casa de la verdad, el refugio de paz en el que nuestros hermanos y hermanas anhelan habitar, extensión purísima de la sabiduría del cielo. Juntos creamos el nuevo cielo y la nueva tierra. Estas palabras dan testimonio de ello.

Bendita seas tú, que escuchas mi voz y la sigues.

1

El viaje del alma

I. El origen de todo

Toda alma realiza un viaje sin distancia desde el corazón de Dios hacia el conocimiento de Cristo. Si bien ambos son una unidad, la cual reside en la esencia divina, este viaje —por decirlo de algún modo— es necesario para que exista la individuación del ser. Como alma, has estado moviéndote desde un punto hacia el otro.

Ciertamente las expresiones “un punto” o “movimiento” no deben ser entendidas literalmente, ya que la realidad no tiene partes o lugares a donde se pueda ir, ya que es infinitamente una. En ella no puede haber espacios que recorrer. Sin embargo, sí que se lleva a cabo un movimiento de realización de la consciencia del ser.

El creado emerge de la fuente de la vida, y es impulsado a conocerse a sí mismo como lo que es, es decir, como expresión del amor perfecto; conocimiento este que solo puede alcanzarse en la verdad, pues ella es su esencia, realidad y morada. Solo cuando este se alcanza, puede decirse que se ha alcanzado la plenitud, puesto que el conocimiento y lo que el creado es son uno y lo mismo. De Dios Madre-Padre procede, en el Espíritu de amor

existe y hacia Cristo se dirige el ser creado por puro amor santo.

Lo que acontece en el alma también sucede en la consciencia universal a la que está indisolublemente unida, y viceversa. De tal modo que la trayectoria que cada una recorre es la misma que aquella que transita la humanidad como un todo. Brotas de mi divino corazón. Se te revela el don de la libertad de elegir deliberadamente al amor. Recorres el camino que te lleva al conocimiento de quién eres en verdad, para hacer la opción por el amor. Y luego, te fundes en el sagrado corazón, el cual es la unidad de mi divino ser y la verdadera creación.

Dicho llanamente, del amor procedes, en el amor te conoces y al amor retornas, en el perfecto conocimiento de tu eterna unicidad. Lo mismo sucede con aquello que llamaremos consciencia colectiva. Toda alma pertenece a un colectivo. Por esa razón es que podemos hablar de familia humana. La suma infinita de todos los colectivos, o grupos de creaciones, por decirlo de alguna manera, conforma la filiación.

Cuando decidiste conocerte a ti mismo fuera de la fuente del saber hermoso, es decir de la verdad, te uniste a un tipo de conocimiento que no era tal. Esta decisión no era irrevocable. Esto se debe a que en realidad esa fue la elección de no conocerte. Lo hiciste basándote en la idea de que no era necesario unirse al conocimiento de la verdad acerca de lo que eres. Esto te costó la consciencia del cielo de tu ser.

Para que ello sea posible, tuvo que existir de antemano una consciencia colectiva a la que puedas unirse, la cual estuviera fundamentada en la negación del conocimiento, y por ello del ser. Sin embargo, esa opción estaba destinada a no perdurar, ya que lleva dentro de sí las cimientes de la disolución.

La negación del ser implica necesariamente dejar de exis-

tir. Dado que eso es imposible, pues la eternidad es tu fuente y realidad, lo que sucedería al hacer esa opción es que crearías un estado de conflicto, un reino de caos donde no se puede morar en paz. Pero en él habría una puerta de salida, que es la misma por la que ingresaste. Es decir, tu libre determinación.

¿Cómo llegarías al punto en que ejercerías tu libre albedrío para hacer la opción fundamental de vivir en la verdad? Es de lo que se trata la experiencia que llamas del mundo. O, si prefieres, para ser más específicos, una dimensión de tiempo, materia y espacio aparentemente separada de Dios.

Naturalmente, una realidad desunida de la fuente de la creación, es decir del amor, es algo imposible. Para eso, la mente hizo un uso inexacto de sus facultades, es decir, de lo que es. En vez de co-crear en Cristo, fabricó lo que llamas fantasías. Es esta una capacidad del alma que nada tiene que ver con la creación original.

II. El amor: la única realidad

Dios no alberga fantasías acerca de nada. Tu ser tampoco. De un sistema de pensamiento basado en cosas imaginarias, solo surgiría un mundo de imágenes. Y así sucedió. No en la creación divina, sino en tu experiencia particular, dentro de un colectivo que estaba en armonía con ello.

Recuerda que siempre pertenecerás a una consciencia universal, independientemente de cómo la concibas. Puedes permanecer unida a la consciencia de la Luz o a la inconsciencia del ser. En ambos casos pertenecerás a un “colectivo” a lo que te adhieres.

Nada en la creación puede existir sin estar unido a algo mayor a sí mismo. La parte no puede prescindir del todo, pues para ser “parte” debe serlo de algo. Ese algo es la totalidad a la que esta se une. En otras palabras, la identidad es siempre una cuestión compartida. Ninguna criatura puede ser fuente de su propia identidad. Solo Cristo es el origen de la verdadera identidad, porque solo Dios Madre-Padre es el fundamento del significado.

Quizá te preguntes para qué hablamos del pasado en una obra que revela lo nuevo. Lo hacemos para que puedas comprender con mayor claridad a dónde estás. Has llegado al punto en el que —como alma individuada y humanidad— retornaste al conocimiento de quién eres en verdad. Con ello, has alcanzado el estado de unidad del ser. Ya no eres un ser sin razón, o que niegas la verdad. Eres el amor reintegrado. Por lo tanto, todo es nuevo. No en razón de lo que el intelecto pueda comprender o imaginar, sino por causa de lo que la consciencia de la verdad que eres va co-creando en unidad con la consciencia suprema. Se ha restablecido la conexión consciente entre tu humanidad y Dios. Es la primera vez que eso sucede en el viaje de tu alma. Permíteme explicarte esto.

En el plano del ser, nunca estuviste separado de la fuente del amor hermoso, porque si eso hubiera sucedido dejarías de existir. Sin embargo, cuando fuiste creado se te dotó de libre albedrío. Esto forma parte de lo que eres. Ser libre es la voluntad de Dios Madre-Padre para sus creaciones. De lo contrario, Él mismo no podría serlo. De tal modo que, al emerger del divino corazón, el alma lleva dentro de sí una pregunta, como si se tratara de una semilla plantada dentro de lo que eres. Tal pregunta existe en todo ser viviente, no solo en el alma humana.

Para ser más precisos, la pregunta fundamental de la cual estamos hablando aquí no existía como pregunta propiamente dicha en el estado primigenio. Esto se debe a que la mente no había aún concebido el lenguaje de la separación, el cual utiliza palabras que nunca pueden ser entendidas por todos ni todo, pues esa es su finalidad. La pregunta fundamental en realidad es un llamamiento, una llamada de Dios a su criatura. Es la voz del amor llamando al alma a hacer la opción por el amor. Toda creación lleva dentro de sí esa llamada.

Dado que el estado mental que surgió en el alma como efecto del estado de separación interpreta todo en base al lenguaje de las palabras que la mente elabora, lo que sucedió es que la llamada se transformó en pregunta. Pero, aun así, sigue siendo un llamamiento, una invitación amorosa que vive en todos los corazones. Es la pregunta que llevaste dentro de tu alma, la cual no te dejaba en paz y preguntaba qué soy.

Detrás de ella está la invitación a elegir solo el amor como tu única realidad y con ello a la verdad como lo que eres. En última instancia, es la voz de Cristo que una y otra vez te dice: *¿me das tu alma?* Esta petición que el amor le hace al amor es universal y encierra dentro de sí la gracia del libre albedrío, lo cual es esencial a lo que eres.

El amor y la libertad no pueden ir separados porque son lo mismo. Esa es la razón por la que no existe ser en la creación que no desee ser libre, y por la que el cautiverio nunca será de tu agrado. La libertad es el estado natural del ser. En pocas palabras, si carecieras de libre albedrío, no podrías amar ni vivir en el amor. Eso haría que dejaras de ser. Dado que el amor es quien te ha creado como extensión de lo que es, estás llamado a ejercer tu libertad en razón del amor.

III. Libre albedrío y voluntad

Todos han venido al mundo del tiempo, la forma y el espacio para ejercer su libre albedrío en unión con la verdad. De eso se trata el viaje del alma, de un camino que se recorre desde el no ejercicio de su libertad hacia la plenitud de su ser. Nadie puede alcanzar un estado de plena realización si no ejerce su libertad conscientemente. Dios conoce esto con perfecta comprensión. Él es tan libre como lo eres tú y todas sus creaciones.

Lo que se te está recordando, amada de mi divinidad, es que nadie está obligado a amar. Esto es algo que puedes comprobar de modo sencillo en tu experiencia humana. No te es posible obligar a alguien a que te ame, del mismo modo en que nadie podrá jamás forzarte a amar algo o a alguien. Tampoco a dejar de amarlo.

En pocas palabras, el amor no se puede imponer. Tampoco aprender. Eso es lo que hace que las creencias sean impotentes ante su realidad. Y también los sistemas de pensamiento. Nada puede imponerse al amor. En ello reside su soberanía, fortaleza e inquebrantable paz.

El tiempo se te ha dado para que dispongas de él para ejercer tu libre albedrío. Es decir, para responder a la pregunta que el Creador ha impreso en todos los corazones, llamándolos a aceptar al amor perfecto como su única realidad y su ser. Y de ese modo, pasar a gozar de las maravillas que el amor creó, y eternamente crea, en unión con la verdad.

Igualmente, el espacio se te ha concedido para que exista un sitio de libertad, donde puedas ejercer la opción fundamental. Lo mismo acontece con el cuerpo físico, la personali-

dad y todo lo que existe en el universo material. Todo está ahí para contribuir a tu perfecta realización, la cual alcanzas al vivir en la libertad de los hijos de Dios.

¿Puedes darte cuenta de que la única diferencia que existe entre unos y otros es simplemente que hay quienes ya han optado y quienes aún postergan esa opción dentro del marco de su libre albedrío, el cual siempre será respetado por Dios? Este criterio de discernimiento es esencial a esta revelación.

Ya no vemos a algunos como buenos o malos, sabios o ignorantes, acertados o equivocados. Miramos todo desde la perspectiva de la verdad. Reconocemos que la diferencia radica únicamente en el hecho de ejercer o no el libre albedrío. Quienes aún no lo han hecho lo harán a su debido tiempo.

Los que ya han respondido a la llamada de lo alto continúan su existencia recorriendo el eterno camino del amor santo. Lo hacen de la mano de Cristo, a quien han aceptado libremente como la verdad, la única realidad de lo que son y la fuente de su ser.

Quizá te preguntes para qué siguen estando en el mundo, durante un tiempo, quienes conscientemente han hecho la opción por el amor y anhelan vivir en la unidad divina de todo corazón. Escucha, amada mía, ¿qué otra razón puede haber para ello, sino la de extender amor? Ellas son amor, almas que han alcanzado en la tierra la unidad del ser. En razón de ello, saben que hay hermanas y hermanos que aún siguen durmiendo el sueño del olvido, un estado de no elección, procedente de la existencia de un conflicto interior que lleva a la mente a no decidirse. Lo saben porque ellas mismas lo han experimentado. Sus memorias han sido sanadas por el amor. Por su libre elección, no dejarán el mundo hasta que no hayan completado su

parte en la obra del despertar universal al amor, la cual es una empresa de colaboración, como todo en la creación. Dicho de otro modo, hasta no dar lo que ellas están llamadas a dar, para que el mundo terrenal despierte a la verdad.

Al estar unidas conscientemente a Cristo, lo hacen en perfecta armonía con la voluntad de Dios, con la que son una unidad eterna. Extienden la luz divina de su ser, a pesar de las vicisitudes que pudieran llegar a haber en los caminos del mundo. Esto se debe a que conocen la verdad. No se amedrentan por nada. Saben que no existe tal cosa como el cielo allá y la tierra acá. Conocen la unidad. Gozan extendiendo el amor que son, ahora y siempre.

Vayan donde vayan, las almas que han ejercido su verdadera libertad permanecen unidas al amor. Descansan en paz en sus brazos, estén donde estén, y experimenten lo que experimenten. Sus vidas ya no les pertenecen, pues se las han entregado a Cristo, fuente de toda verdad y santidad, para que se realice en ellas, y a través de ellas, lo único que puede ser realizado: la eterna extensión de Dios. Al saberse eternamente amadas por un amor que no tiene principio ni fin, y en cuya realidad se encuentra la plenitud del ser, gozan perpetuamente de la alegría de la perfecta realización.

2

El movimiento de la consciencia

I. El todo y la parte

A sí como el alma realiza un viaje sin distancia desde el estado de ser creada, en la pura potencialidad del ser, hacia la toma de consciencia de su identidad, es decir, hacia el conocimiento pleno de lo que es, de la misma manera sucede con la consciencia universal. Esto quiere decir que tanto el alma particular como la consciencia colectiva a la que esta se une realizan un movimiento acompasado. Son parte de una misma realidad. Son unidad.

No es posible comprender el camino del alma, sin conocer el de la consciencia universal a la que pertenece. Ni viceversa. Ambas son parte de una totalidad que no puede separarse, si es que se desea entender las cosas a la luz de la verdad. Para responder a la pregunta de qué es la humanidad, hacia dónde está yendo, o dónde está, solo necesitas saber lo que acontece en tu realidad. En pocas palabras, no hay diferencia entre el viaje de la creación y el tuyo.

El creado siempre realiza la misma jornada, la cual puede

definirse como un camino hacia el conocimiento de lo que es. Este conocer no significa solamente saber, sino pura aceptación. Esta es la razón por la que aceptar plenamente lo que es trae paz a la consciencia.

La aceptación y el conocimiento van de la mano. Esto se debe a que no aceptar lo que es tal como es significa que crees que puede ser algo distinto a lo que en verdad —y no en fantasías— es. ¿Cómo podrías desear que las cosas sean diferentes de lo que son, si no albergaras de antemano la creencia de que algo así es posible? Digámoslo de otro modo: no aceptar la realidad de las cosas tal como son es señal de que crees que puede haber otra fuente del saber diferente de la realidad. ¿No es esto acaso una negación de la realidad misma?, ¿con qué otro motivo se la negaría, sino para sustituirla por algo diferente?

Alma bien amada, la realidad es la única fuente del saber hermoso, porque es la eterna extensión de Dios Madre-Padre, fuente y propósito del conocimiento. A ella solo puede accederse cuando la mente y el corazón, unidos en la verdad, están en paz.

La serenidad de espíritu es necesaria para permitir que la benevolencia de la verdad se haga presente. La razón por la que esto es así se debe a que el amor solo hace acto de presencia allí donde mora la paz. Y, dado que la verdad es la voz y el poder del amor, solo cuando este ingresa en la mente y el corazón humanos, la humanidad puede recibir la revelación.

Aquellos primeros hermanos y hermanas que antaño caminaban por la tierra, aun siendo de naturaleza humana, no habían alcanzado el grado de consciencia que les permitiría concebir la idea de Dios ni del amor. No siempre la humanidad expresó su anhelo de unión a lo trascendente, o su impul-

so a la búsqueda de la verdad. Esto debiera decirte algo. Eso sucede porque es la consciencia la que dicta el modo de ser de la criatura, es decir, su expresión.

Podemos afirmar que los primeros hijos de Dios que pisaron la tierra llevaban dentro de sí una semilla bendita, la cual ahora es una hermosa flor desplegada en tu humanidad. Del mismo modo, tú llevas dentro de tu corazón una semilla divina, la que se manifestará como una nueva flor de santidad que embellecerá la creación. Así es como el universo avanza hacia la plena consciencia del amor que es.

Para entender con mayor claridad lo que se está recordando en este diálogo es importante que mires a lo creado como expresión de la consciencia y no al revés. Si bien ambas son una unidad, te resultará más sencillo ver a una como manifestación de la otra, al menos por ahora.

Con esta idea en mente, puedes ver cómo la vida humana es expresión del tipo de consciencia universal a la que está unida en el presente. Y esta, a su vez, se encuentra en un determinado grado de unión con la verdad. En realidad, el camino terrenal que recorres, al igual que tus hermanas y hermanos en Cristo, no es otra cosa que una senda de regreso a la casa del Padre.

II. La consciencia de ser

Cuando hablamos de humanidad, nos referimos a la expresión presente de tu naturaleza en el plano del tiempo y el espacio. Hacemos esta aclaración para que no se confunda la manifestación temporal en la realidad física con la manifestación eterna de tu ser. Lo que eres no deja de

ser lo que es cuando has cumplido tu propósito en el plano de la expresión material.

Existe la humanidad celestial, es decir, la vida de lo que eres en la plena realización divina. En ella, permaneces unida a todas las realidades manifestadas y por manifestar, las cuales están siempre en armonía con el ser de puro amor que les da existencia. Dicho de otro modo, vives plenamente consciente en la realidad divina.

La consciencia, que es lo que eres en verdad, se va manifestando para conocerse. Tu humanidad física —o experiencia terrenal— es un medio para conocerte. Y de ese modo responder a la llamada del amor. Sin dudas es uno indirecto, puesto que el conocimiento halla su fuente en Dios. Pero, aun así, no deja de ser el instrumento elegido para tu plena realización hacia la toma de consciencia de lo que eres. Como tal, es perfecto, ya que su fin es la perfección.

No existe nada en tu humanidad que no deba ser abrazado en el amor, porque toda ella te permite llegar a donde verdaderamente anhelas estar. Es decir, a vivir la vida de Dios conscientemente en la unidad del ser.

El conocimiento que aquí se revela por medio de la expresión en la palabra humana no estaba disponible antes de este tiempo. Si bien este existía como pura potencialidad en el alma, eso no significa que se hubiera manifestado. Lo no manifestado no es conocido.

Así como la humanidad no siempre fue consciente de la existencia del Ser supremo, tampoco lo fue de la verdad de que ese Ser fuera amor y nada más que amor. Una vez que alcanzó el grado de consciencia capaz de hacer de esta verdad una realidad para ella, pudo dar el paso siguiente. Ese paso es el que

se está dando en el presente de la historia de la creación; el cual lleva a la plena aceptación de que no solamente el Creador es amor, sino que también lo es el creado, al ser una unidad eternamente santa.

Quizá pienses que esto no es de gran relevancia, pero déjame decirte que sí lo es. En efecto, es un salto cuántico en la consciencia universal, tan transformador como lo fue la expansión de consciencia que llevó al mundo a crear religiones y todo tipo de concepciones espirituales y filosóficas. De ello surgió el mundo que experimentas.

No hay un solo sistema de gobierno, organización humana o de desarrollo en las ciencias que no sea el que es como efecto de la consciencia universal que le da origen. Esta es la razón por la que, en un pasado inmemorial, era imposible que las expresiones que hoy existen en el mundo pudieran existir. Todo tiene su tiempo en el reino del tiempo, incluso para la consciencia.

Una cosa es tener una cosmovisión en la que te concibes como un cuerpo, abandonado a la deriva en un mundo temible y peligroso; y otra muy diferente es la de saberte la hija bien amada de un Dios Madre-Padre que es amor infinito y poder sin límites, y cuya única voluntad es que seas eternamente feliz en Él, para lo cual te ha hecho heredero de su honor y su gloria. De una, surgirá un mundo de luchas, competencias y supervivencia, en fin, un mundo sin piedad; de otra, uno en el que se alabará a Dios en la eterna realidad del amor, no como efecto de una creencia, sino como expresión viva de lo que dicta el corazón unido a la mente en santidad.

III. La luz de la verdad

Ha llegado el tiempo en que la expresión de la creación refleje a viva luz la verdad. Un tiempo sin igual. En verdad os digo que no lo ha habido hasta ahora, desde que el espíritu de Dios sopló sobre la tierra yerma y llamó a las criaturas a la existencia.

¿Crees acaso que los que te antecedieron siempre conocieron el amor? No. No lo hicieron sino hasta que la consciencia estuvo lista para poder manifestar ese conocimiento. Dado que la manifestación y su fuente son una unidad, el amor solo hizo acto de presencia en la consciencia universal cuando estuvo lista para aceptarlo como parte de lo que es. Toda expresión tiene su origen en el ser que le da existencia.

Era natural esperar que, una vez que la consciencia universal fuera capaz de aceptar al amor como parte de lo que es, surgiera el conflicto. Recuerda que llamamos como tal a la consciencia del universo material y no a la consciencia infinita de Dios.

Al optar por comenzar a expresar el amor que es, la consciencia se preguntó: *¿Qué significaría aquello que había manifestado, también como parte de lo que es, siendo ello lo opuesto al amor? ¿Cómo sería posible ser dos cosas antagónicas a la vez?* Así es como entró el conflicto al mundo. De ese estado del alma no podía surgir otra cosa que un reino de enemistades y rivalidades de todo tipo. La conflictividad creciente del mundo daba testimonio de ello. No podía ser de otra manera.

En última instancia, esas expresiones permitían que la consciencia universal viera el estado de conflicto en el que estaba. Se conocía a sí misma en lo que era en su presente. Los

contrastes estaban allí, a la vista de sus ojos, para que pueda conocerse a sí misma por medio de la expresión. El amor la seguía llamando y ya no podía —ni deseaba— desoír su voz.

Que la consciencia pueda verse a sí misma quizá te resulte algo evidente y no tan trascendental. Sin embargo, permíteme recordarte que no siempre fue así para la consciencia del creado. Antes del momento de toma de consciencia, la creación material era en todo inconsciente de sí misma. Esto incluye también a la humanidad. Pasar del estado de inconsciencia del ser hacia el de ser consciente de sí mismo ha sido un salto de proporciones inconmensurables. Solo cuando tu alma optó por ser consciente, y con ello abandonar el estado de inconsciencia, es cuando pudo saltar a la luz y dejarse abrazar por el amor que es.

La pregunta de *qué soy* no siempre estuvo visible en la consciencia del creado. La negación del ser hacía que ni siquiera sea formulada conscientemente. Así fue como permaneció enterrada en las oscuras bóvedas de la negación durante el tiempo en que se negó la verdad. Dicho llanamente, mientras se eludía la llamada del amor a permanecer unida a él por siempre.

La inconsciencia no es un estado propiamente dicho, aunque se asemeja bastante. En realidad, es un tipo de experiencia, por decirlo de algún modo, en el que el alma hace oídos sordos a la llamada de Dios. Al darle la espalda a la luz de la vida, que es el sol perpetuo sobre el que se fundamenta la existencia, el alma no podía ver otra cosa que una sombra proyectada de sí misma. Al creer ser eso, externalizó oscuridad.

Llegó un momento en que giraste tu mirada hacia la verdad. Su luminiscencia primero te encegueció, por causa de es-

tar tanto tiempo sin contemplarla. Hasta que tu visión espiritual fue restaurada y comenzaste a ver con los ojos de Cristo, única fuente de verdadera visión.

Cuando duermes, tienes los ojos cerrados. Cuando despiertas los mantienes abiertos. Algo similar es lo que ocurre en el camino de la consciencia Universal. Pasa de un estado de sueño del olvido hacia uno del despertar al amor. Esto lo sabes bien, pero en lo que pocas veces reflexionas es en que la naturaleza humana es un todo, unida al Todo de todo. Esto no es un juego de palabras. Es la pura verdad.

Al unísono, la naturaleza humana cayó en una suerte de ensoñación, y al unísono despierta. Es cierto que en la simbología del génesis nunca se ha dicho que Adán haya despertado de su sueño. Sin embargo, ese despertar existe y es ahora.

IV. La única llamada

El tiempo transcurrido desde el instante en que la consciencia se sumergió en el sueño de Adán y el inicio del despertar fue el que antecedió a la primera venida de Cristo. Allí terminó el tiempo de soñar en el exilio y comenzó un espacio temporal en el que la creación universal comenzó a despertar.

En cierta medida, puedes considerar a la encarnación de Cristo en la humanidad como el repicar de las campanas del Señor, las cuales resonaron en todos los corazones, llamándolos a despertar a la realidad del amor perfecto. En otras palabras, el amor llamó al alma de un nuevo modo, aunque con el mismo mensaje y para el mismo fin: vivir eternamen-

te en la dicha del amor de Dios. Nunca hubo otra llamada ni otra respuesta que estuviese esperando el amor.

Permíteme recordarte lo que aquí decimos, dada la importancia que tiene para esta revelación: la vida terrenal no es otra cosa que un tiempo dado al alma para que responda a la pregunta que Cristo hace a cada ser desde el instante mismo de su creación. El tiempo que cada una de ellas se tome para responder es asunto de la libertad. Pero finalmente todos responderán.

Te invito a considerar el tiempo del sueño del olvido no como un tiempo en que se ha negado propiamente al ser o al conocimiento, es decir a Dios tal como hasta ahora lo has concebido, más bien has de verlo como un tiempo en el que el alma todavía duda antes de decidirse. Por esa razón es que el amor, en su infinita benevolencia, ha creado el universo perfecto donde se le diera al alma el tiempo que necesite para decidir, en virtud de su libre albedrío.

Ese pedido de tiempo del alma es lo que creó —en unidad con Dios— el tiempo en sí, y con ello el mundo que conoces con todas sus leyes. Esa también es la causa por la que, en el reino del tiempo, viven el amor y la verdad en toda su hermosura y santidad.

Hija de mi divino corazón, alma bien amada, nunca has despreciado a Dios ni lo has negado. Simplemente has pedido tiempo para decidir en el ejercicio santo de tu libertad.

Tu petición halló el beneplácito del amor. En razón de ello, creó para ti un reino donde eso fuera posible, en unidad con tu libre albedrío y su divina voluntad. No como castigo, sino para que juntos —permaneciendo abrazados en la luz de la unidad— se te revele la verdad de lo que ese llamamiento sig-

nifica. Y finalmente, te decidieras a aceptar al amor, como tu única realidad, tu fuente y tu gozo sin fin, y a la verdad como tu morada santa. Siempre unidos. Siempre amándose. Siempre en el cielo del amor que no tiene principio ni fin.

3

Suenan las trompetas

I. La voz del amor

Una vez que la llamada del cielo se hizo humanidad en el Cristo humanado, pasó a ser más audible para la creación material. O, mejor dicho, se hizo una con la realidad terrenal que el alma estaba experimentando. Si meditas acerca de lo que aquí se te está diciendo, verás que esto tiene sentido.

Si la llamada es universal, no puede estar ausente en ninguna de las realidades que existan, incluso aquellas que no fueron creadas por Dios. Con esto me refiero a que, a pesar de que la mente pueda querer fabricar un mundo de fantasías, la pregunta de Cristo al alma seguirá activa en el centro de cada ser.

Recuerda que los pensamientos no son el ser ni las fantasías pueden llegar al centro de lo que eres. Si lo hicieran, no seguirían siendo ilusiones, ya que lo que se une a ti se hace verdad por causa de lo que eres.

El motivo por el que la llamada de Cristo está activa siem-

pre, y es universal, es porque es la llamada a la existencia. Sin ella, nada existiría. Y Dios Madre-Padre sabe que deseas existir, tal como lo desea toda criatura. De lo contrario no las hubiera creado. El acto creador no es una acción egoísta. No surge de la divina voluntad separada de la voluntad del creado. Al llamarte a la vida, el amor ha respondido a tu voluntad de ser.

El llamamiento de Dios a la creación es eterno, por lo tanto, se hace ahora y siempre. Lo mismo sucede con la respuesta. Al responder el alma a la invitación del cielo a vivir eternamente en la dicha del amor perfecto que ella es, lo hace de modo perpetuo. Esta respuesta sin fin no significa que se tenga que pensar en responder o hacer eternos discernimientos. Ni siquiera requiere palabras. El amor no piensa en los términos de lo que llamas pensamientos humanos. No elabora razonamientos. Tampoco hace nada. El amor simplemente es. ¿Qué otra cosa puede pedirle Dios al alma sino su voluntad de amar, ya que eso es lo único que es totalmente suyo?

La llamada a la existencia no es un capricho divino, es la voluntad de ser que existe en ti. ¿Cómo es posible que antes de ser creado ya hubieras expresado tu voluntad de ser? Esto se responde de modo muy sencillo. Nunca hubo tal cosa como un antes de ser creado. Existes desde toda la eternidad porque Dios es eterno. No hubo nunca un tiempo en que tú y Yo no existiéramos unidos en la verdad. Ni lo habrá.

¿Cómo comprender la verdad que te dice que has existido desde siempre y que tu existencia es la respuesta a tu voluntad eterna de ser?, reconociendo lo que eres: un aspecto de Dios. Por lo tanto, tienes que ser eterno.

II. Reflejo de Luz verdadera

Eres el espejo del cielo en el que Dios mismo ve reflejado un aspecto de su ser. En otras palabras, eres literalmente un pedacito de cielo. La suma infinita de todos los espejos de santidad —que son los diversos aspectos de la creación— es lo que hace que Dios se conozca a sí mismo en la filiación. ¿Acaso un creador puede conocerse como tal de otro modo que no sea en sus creaciones? Si la creación es el rostro de Dios donde Él mismo se conoce en su poder creador, ¿cómo no iba a ser santa, bella, perfecta?

Para que pueda existir el libre albedrío era necesario que existiera la potencialidad de darle la espalda a la verdad. Evidentemente, si se tomaba esa opción, de ello surgiría un estado en el que, a pesar de que la creación fuera expresión de lo divino, no podrías verla ni reconocerla. Pero, tal como ya hemos dicho, darle la espalda al sol no significa que el sol deje de existir, o que sus rayos dejen de abrazarte con su luz, calor y vitalidad. Lo único que eso quiere decir es que estabas mirando para otro lado, hacia la nada. Un modo sencillo de comprender esto es el siguiente: al dejar de mirar a la verdad como tu única realidad lo que hiciste fue dejar tu capacidad creadora en suspenso, por eso es que la mente quedó en blanco. No dejaste de ser el que eres, pero sí que quedó suspendida la respuesta a la invitación a formar parte de los procesos creadores de Dios, a los que estás llamado a unirte desde el instante mismo de tu creación.

Dios es ternura sin fin. Esto hace que su voluntad disponga que sus hijas e hijos bienamados sean despertados serenamente y con suavidad. La llamada a despertar al amor es más

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel* como en eBook.

*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.

amazon

Google Play
Books

Apple Books

Gonvill

mercado
libre

BojaLibros.com

El Corte Inglés

Casa
del
Libro

Podi books

SCRIBD

librerías
gandhi.

libreriadelaU

BARNES & NOBLE
BOOKSELLERS

fnac

cúspide

BUSCALIBRE.COM

compra directa con descuento solo para Argentina:

www.tequistelibros.com

tequisté